



El Evangelio de mañana

PALABRA DE DIOS

DOMINGO XXII DESPUES DE PENTECOSTE.

SAN MATEO, 22:15-21: "Entonces los fariseos se retiraron a tratar entre sí cómo podían sorprenderlo cuando hablase (Jesús). Y le enviaron sus discípulos con algunos herodianos para decirle: 'Maestro, sabemos que eres varón, y que enseñas el camino de Dios conforme a la pura verdad, sin respeto a nadie, porque no miras a la calidad de las personas; esto supuesto, dínos qué pienso de esto: ¿es lícito o no pagar el tributo al César? A lo cual Jesús, conociendo la malicia de ellos, respondió: '¿Por qué me tentáis, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Y Jesús les dijo: '¿De quién es esta imagen? Y ¿de quién es esta inscripción? Respondieronle: Del César. Entonces les replicó: 'Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios'."

CONSIDERACIONES

Es preciosa la frase de los "tentadores" de Cristo en este pasaje. Confesaban públicamente que es "Veraz y enseña el camino de Dios". No puede hacerse mejor panegírico de una persona que esto. ¿Qué bien viene también para elogiar lo que debe ser la misión sacerdotal? Debe el sacerdote ser amigo de la verdad y tener como ilusión única de su vida enseñar a los hombres el camino que conduce a Dios. Este programa es muy amplio y está lleno de dificultades. Decir la verdad es una de las cosas que más cuestan. Hay que saber las cosas, a pesar de ello, siempre se dará alguien por aludido y se molestará. Pero fijándose en el Evangelio, podemos observar que Jesús tenía habilidad para decirlo. Era Dios y sabía tocar el resorte íntimo que movía los corazones. Nosotros somos pobres hombres llenos de limitaciones. Pero no hay duda que un contacto íntimo, entrañable, cordial, con Cristo, nos habilitaría mucho para decir la verdad con eficacia de éxito y sólo se molestarían los que tuviesen los ojos del alma nublados por los prejuicios inconfesables o por aviesas intenciones. Las gentes de alma clara notarían la bondad de nuestra predicación y la limpia intención de nuestros afanes. Hay que tener en cuenta que la primordial ocupación sacerdotal es la de conducir los hombres a

Dios nuestro Señor. Siguiendo por este camino andamos en lo nuestro y nadie podrá reprocharnos la invasión de campo ajeno. Si alguna vez estamos empeñados en otros quehaceres, será en tanto en cuanto sigan en relación al principal de todos, que es la salvación de las almas. Nos movemos en ambiente de fe, y el mensaje que Cristo predicaba y continuaban predicando los sacerdotes estaba todo él en la aceptación generosa del mismo por la fe.

En esta misma escena Cristo aclaró perfectamente los conceptos. Hay que dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Dios tiene sus derechos inalienables y el sacerdote ha de trabajar para que sean reconocidos por todos, celebrando su gloria y reparando su honor. El Estado tiene los suyos, que se han de acatar y respetar siempre que no contradigan los de Dios. Así lo enseñó quien podía enseñarlo con la palabra y con el ejemplo. De la mala inteligencia de este principio se desprenden fricciones desagradables, que repercuten en los fieles, que, a un mismo tiempo, son súbditos de las dos sociedades en las que viven: de la Iglesia y del Estado. Conviene, pues, una acertada formación para saber caminar con seguridad por esta espinosa senda.

J. G. F.

LOS FIELES Y LOS INFIELES DIFUNTOS

Por JAVIER M. ECHENIQUE

Uno de los temas más populares de la tradición cristiana es el del culto en favor de los fieles difuntos. En todo el mundo católico el tema adquiere especial relieve en la festividad litúrgica del 2 de noviembre y se extiende a todo lo largo de este mes, que ya ha adquirido la designación de "mes de los difuntos". Detrás de este culto, de los funerales, las misas gregorianas, de las novenas de rosarios, las visitas y las flores en los cementerios, hay uno de los dogmas quizá menos conocido y popularmente más deformado de la fe católica: el Purgatorio.

En relación con el Purgatorio, el dogma propiamente dicho es muy discreto. Los textos de la Revelación y del Magisterio son mínimos. ¿Qué es lo que está obligado a creer el fiel católico sobre el dogma del Purgatorio? El P. Congar lo resume así: "Los fieles que mueren en gracia de Dios, aunque pecadores, mientras no hayan satisfecho por sus pecados de acción y de omisión, se hallan sometidos a penas purificadoras. Los sufrimientos de los fieles tienen valor para atenuar esas penas. Las almas santas completamente purificadas, ya en esta vida, ya después de su muerte, son recibidas inmediatamente en el cielo".

Esto es lo que estamos obligados a creer y nada más que esto. En modo alguno puede aceptarse la afirmación —por desgracia muy corriente y deslizada en más de una ocasión en las predicaciones de los sacerdotes y en las enseñanzas catequísticas— de que el Purgatorio es "igual que el infierno, pero sin ser eterno". Esta definición popular y tétrica es totalmente contraria a la doctrina católica sobre el Purgatorio; porque en el Purgatorio las almas están en gracia y además en la seguridad de la salvación.

No es una organización de tormentos

Por consiguiente, nadie está obligado a creer que en el Purgatorio hay fuego o que el Purgatorio sea algo así como una organización de tormentos para los espíritus que no llegaron a la maduración de la muerte

con su alma plenamente purificada para poder ingresar inmediatamente en la plenitud de la gloria. Una predicación desafortunada y una tenebrosa tradición popular, que quizá hunde sus raíces en el instintivo culto a los antepasados, han deformado lamentablemente la luminosa imagen del Purgatorio según la doctrina católica.

El Purgatorio, en primer lugar, no es un espacio geográfico; sería mucho más exacto hablar de una situación o estado diferente. Tampoco es exacto hablar de las "almas del Purgatorio", como si estuvieran aisladas en una especie de archipiélago de estrechas y solitarias islas después de la muerte. Las almas del Purgatorio, por vivir en gracia, viven en comunión, constituyen una asamblea cristiana, una Iglesia: la Iglesia de la Purificación. Considerado desde este ángulo, el dogma del Purgatorio descubre una vertiente mucho más luminosa que tenebrosa. Por desgracia, esta Iglesia de la Purificación es en nuestros esquemas mentales y en nuestra sensibilidad religiosa una cenicienta, una Iglesia olvidada.

Desde el momento en que se considera al Purgatorio como Iglesia, brotan de esta doctrina bellísimas enseñanzas y conclusiones. En primer lugar, la Iglesia es una y única; y por tanto, nuestras Iglesias, parte integrante de la única Iglesia de Jesucristo, están solidariamente y misteriosamente vinculadas a la Iglesia de la Purificación. "Hasta que el Señor venga" —dice el Vaticano II— de sus discípulos, unos peregrinos en la Tierra, otros ya difuntos se purifican; otros, finalmente, gozan de la gloria". El Purgatorio, por lo tanto, no está lejos de nosotros, sino entrañablemente unido a nosotros. Lo mismo que la Iglesia Triunfante de la gloria.

Una Iglesia dinámica

Pero hay algo más; la Iglesia de la Purificación no es absolutamente pasiva. Es cierto que sus miembros no pueden merecer, pero sin embargo en esa Iglesia crece la caridad a medida que aumenta la dolorosa purificación; crece, por consiguiente, la glorificación de

Dios y la esperanza de la gloria. Esta Iglesia sufre, es verdad, pero no es torturada; el Purgatorio no es un misterio cruel, sino un sufrimiento amoroso por el que cada alma y al mismo tiempo toda la comunidad integrada por fieles difuntos se va purificando a sí misma. Y de alguna forma puede afirmarse que este aumento de purificación reverte también sobre nuestra Iglesia peregrina, sobre nosotros mismos, ya que acrecienta el misterioso desarrollo del Cuerpo Místico de Cristo, porque hay en la Iglesia, totalmente considerada, un aumento de santidad.

Así considerado, el Purgatorio arroja luz y no difunde tiniebla ni terror alguno. En primer lugar, por el dogma del Purgatorio sabemos que existe algo así como un "tiempo después del tiempo" y por consiguiente el tiempo antes de la muerte no es todo el misterio del tiempo. Asimismo el Purgatorio ilumina el misterio de la "condición humana". La criatura no posee el absolutismo de Dios. Dios es "el que es"; el hombre es un tejido de limitaciones y de contradicciones; en él se da al mismo tiempo el bien y el mal, el amor y el odio, la verdad y el error. Para que el juicio de Dios sobre el hombre sea serio, el hombre necesita salir de su interior contradicción. En la última hora, antes o después de la muerte, Dios tiene que contemplar al hombre como en la hora primera: "Vio que era bueno". Para esta "bonificación del hombre" existe fundamentalmente la muerte y esa misteriosa situación después de la muerte, que lo puede purificar y liberar totalmente. Solamente algunos hombres extraordinarios logran, ayudados siempre por la gracia, antes de la muerte o con la muerte, ese nivel pleno de perfección, que permite a Dios ver que "el hombre es bueno". Son los Santos.

Los demás prolongan su condición humana en la muerte y después de la muerte. Y por eso han de proseguir en un estado que los purifica: esto es el Purgatorio, la Iglesia de la Purificación. De esta consoladora doctrina nace otra perspectiva, que enriquece y enriquece admirablemente la "devoción a los fieles difuntos". Su raíz no debe ser tan sólo un luctuoso y lúcido sentimiento para con "nuestros difuntos": los familiares, los amigos íntimos. La caridad de los cristianos debe ser siempre universal. La fiesta del dos de noviembre es como un DOMUND del Purgatorio. Es una jornada de oración y penitencia por la universalidad de los difuntos, de los fieles y también de los que no pertenecieron visiblemente al Cuerpo de Cristo.

Dimensión misionera y eucemática

Y aquí aparece otra dimensión olvidada del Purgatorio: los fieles difuntos. La práctica cristiana ha limitado normalmente los sufrimientos a los difuntos bautizados en Cristo y, por lo que hace a los católicos, a aquellos que pertenecieron de manera visible a la Iglesia católica. Bien es verdad que la misma liturgia justifica esta restricción. La festividad del 2 de noviembre es la de "todos los fieles difuntos". Pero una recta teología del Purgatorio y del misterio de la salvación debe llevar nuestra caridad mucho más lejos. Efectivamente, los fieles que murieron en gracia, pero sin una plena satisfacción de sus pecados, van al Purgatorio. Pero ¿a dónde van los infieles? ¿Cuál es el destino de los no cristianos fuera de la Iglesia visible? La teología cristiana ha afirmado siempre que, como dice Pablo VI, "Dios tiene otros caminos para salvar las almas fuera del haz de luz, que es la Revelación de la salvación".

Estos hombres salvados misteriosamente, si no han sido sorprendidos por la muerte en una perfección plena, que les da de un acceso inmediato a la gloria, deberán quedar vinculados de alguna forma a la Iglesia de la Purificación. Por tanto, nuestros sufrimientos no solamente pueden, sino que deben ayudarlos en ese proceso de satisfacción y purificación. Esta extensión de la acción de la Iglesia peregrina hasta los infieles difuntos es y debe ser una exigencia y un testimonio de la catolicidad.

Y dentro de este planteamiento eclesial del Purgatorio, dentro de esta auténtica dimensión misionera de un comportamiento cristiano, que en general ha perdido para la mayoría de los creyentes su luminosa refulgencia y su universal anchura, a nadie se le oculta que inmensas posibilidades eucemáticas debe tener en nuestros días una recta teología y una profunda vivencia cristiana del Purgatorio. A nadie se le oculta que entre los obstáculos para la unidad de todos los cristianos se alza entre otros muchos la confusión y el desconocimiento de la doctrina de las confesiones y de la doctrina de la comunión. Pero no recharar tanto el Purgatorio cuanto la deformada ima-

gen que de él hemos proporcionado gran número de católicos por medio de una predicación sensiblera y terrorista y de una iconografía lamentable.

En nuestro tiempo postconciliar debemos sanear este culto, predicar esta consoladora doctrina, fomentar esta práctica es-

piritual de solidaridad con los que murieron porque constituyen un aspecto casi absolutamente olvidado de la unidad y de la universalidad de la Iglesia: estos sufrimientos tanto públicos como privados son una realización de la caridad universal y de la solicitud "por todas las Iglesias".



SIN PALABRAS

MUERTOS DE NADIE

Por FRANCISCO LEBRATO

Muertos de nadie, muertos de ninguno, sólo muertos, igual que cualquier cosa perdida en cualquier parte para siempre, tirados por la vida como broma insensata dentro del pantón de la tierra, sin aparecer losas, sin más epitafios que las pisadas de los vivos, sin más voz que responda, sin cruces más que las del viento hechas por la mano azul de las breves horas. Sólo Dios sabe de quién son los muertos de nadie... nadie... como algunas cosas.

Oliva de la Frontera.

CEMENTERIO PACENSE

Por FERNANDO PEREZ MARQUES

Hay siempre en la visita a los cementerios como un metafísico desasimiento de las cosas terrenas y un tiempo y emocionado recuerdo de los muertos; de nuestros muertos entrañables, eternamente adheridos a algún trozo esencial de nuestra propia existencia, y de los que, desde la inexpresiva evocación de sus nombres desconocidos, suscitan, empero, como en ninguna otra circunstancia, respeto y piedad. Se produce, diríamos, como un brote inconcebible de inefable humanidad; esto es, de hombría cabal, acaso porque el ámbito funerario encierra el sentido real de la vida del hombre. Misteriosa antinomia, razón de existencia, a la que se dirige el hombre, sintiendo cada hora, en cada latido, su propia inmortalidad.

Pero yo quería decirlos ahora una cosa; yo quería decirlos

que ido una de estas tardes al cementerio pacense y he caminado lentamente por sus sendas, deteniéndome acá y allá; que he leído a veces la identidad de los que yacen en los nichos de las galerías interminables, en las tumbas suntuosas y en los humildes enterramientos; que he sentido en cada caso como una identificación con el dolor angustioso, con la pena insondable que encierra cada frase de condolencia familiar, cada expresión de recuerdo imperecedero. Y yo quería decirlos también que si todo esto produce una fuerte, una profunda, una honda impresión de congoja sentimental, mucho más intensa es la que se experimenta al recorrer el patio primitivo en el que, con notorio desaliño, están las viejas sepulturas, con sus muros agrietados, salitrosos, verdegueantes; con sus arcos desvencijados, con sus lápidas de inscripciones borrosas, desvaídas, delatándonos con su total abandono, que no hay actualmente ninguna mano amorosa que en ellas mantenga vivo el culto del recuerdo. Son, sin duda, estas tumbas, seguramente de linajes que ha tiempo desaparecieron de la ciudad, las que mejor expresan lo inconsistente y perecedero de las cosas humanas.

A finales de la primera mitad de la pasada centuria, según reza la inscripción que existe en la vieja puerta de entrada, se construyó este cementerio: 1839. Hay en él, en las más antañonas tumbas, unas muestras del impacto que en los ánimos producía entonces la muerte. Me refiero a esa reacción espiritual del romanticismo en que la expresión de lo individual y subjetivo era norma y afán común, no importando la revelación de los más íntimos sentimientos; y dentro de este deseo hay como una literatura luctuosa, en sentidos varios, que trata de plasmar y revelar el dolor que produce la ausencia de los muertos.

Ved este epitafio, en no mal tajados versos, dedicado a un niño que fue víctima del cólera en 1854:

¡Qué fue de tu candel! ¡Qué de tu risa!
¡Qué de tus gracias y filial!
¡Canto!
¡Por qué huracán de asolador!
¡Brisa
sunió a tus padres en mortal
quebranto!

¡Por qué fugas tu sombra nos
[precisa
a trocar la esperanza en llanto?

Como este otro de tono patético e imágenes muy del estilo romántico:

¡Ay! para siempre en ti, sepulcro umbrío.
[oro umbrío.
Hundióse mi esperanza y mi
[alegría;
y tan solo me queda en esta día
de la que el ser me diera, el
[polvo frío...

Hay, no obstante, otros epitafios que impresionan por su sobriedad, como diciendo que la huelga toda palabra ociosa; sólo Dios es quien debe tener presente la personalidad completa, con sus defectos y virtudes, de los que se fueron; sólo interesa alcanzar el recuerdo de Dios: memento etiam Domine.

En una sencillísima lápida gris, de pizarra, ocupando casi toda la superficie, un nombre: ROSA, y bajo él, esta leyenda: "Rogad a Dios por ella - 1856." ¿No es emocionante, esta simplicidad extraordinaria? ¿Y no se oye a volar la fantasía tratando de adivinar quién fue Rosa? ¿Sería quizás, pese al nombre, un capullo; esto es, una niña de tierna edad? ¿Sería una joven arriscada, famosa por su belleza? ¿Se trata acaso del nombre de una dama, cuyas virtudes a todos constaban en la ciudad? Vano empeño el nuestro; sus obras, sus afanes, su vida, en fin, sólo tienen ya una realidad inmarcescible en la presencia del Señor.

También como en los cementerios más conspicuos, nacionales y extranjeros, como en los de San Isidro y San Lorenzo, como en el de Montmartre y Père Lachaise, como en el de Génova y Florencia, hay panteones suntuosos, marmóreos, con figuras y bajorrelieves, que guardan los restos de personajes que un día brillaron en la sociedad de su tiempo; apellidos ilustres en la política, en la aristocracia, en las ciencias, en las artes. Hay entre todos uno que llama la atención por su originalidad y prestancia: es ese en que, bajo un templete de mármol, aparece la figura apostada de un joven con un libro en la mano izquierda y que fue erigido en 1835 por la madre de don Reimeros Marcos. Tenemos de esto una vaga idea de que esta señora, viuda, apenada por la dolorosa pérdida

de su hijo único, lo dispuso así para poder contemplar, con la ayuda de un aparato de larga vista, desde su propia mansión, situada en el interior de la amurallada ciudad pacense, el panteón de su ser querido. No es, sin embargo, caso único. Joaquín M. de Nadal contaba que una dama francesa al perder a su hijo único vendió el palacio que tenía en los Campos Eliseos y adquirió una modesta vivienda de las que rodean el Père Lachaise parisien para poder contemplar desde su ventana la tumba de su hijo.

Pero también los seres humildes, los que realizan en la vida pequeñas cosas, pequeños menesteres, tienen a veces un monumento funerario; aquí mismo hay uno sencillo y emotivo, que reza: "Florentino Borrero Calderita, vendedor ambulante, figura popular de Badajoz." Y los que le oyeron pregona la venta de limones y recuerdan su figura menuda, coronada y fresca, sienten reverdecer el mismo sentimiento de simpatía que a todos inspiraba Florentino.

Patética, dolorosa impresión produce en cambio el abandono en que está el laude de Carolina Coronado, un día en el cenit del parnaso español y sin duda el de más universal renombre de cuantos aquí se leen. Gracias a que la intuición de alguien situó ante él una corona metálica, inmarcescible, como su estro poético.

Acá y allá, otros nombres ilustres: José López Prudencio, cronista de la ciudad; Manuel Monterrey, inolvidable poeta y amigo; don Jesús Rincón, historiador; don Eloy Soriano, poeta; don Juan Pasallar médico, que llenó toda una época con su ciencia; don Tulio Merino, fundador de un colegio que tiene una honda tradición docente; don José Lanot, virtuoso sacerdote, paño de lágrimas del necesitado; don Fernando Castón, publicista, amante de las cosas de la ciudad, que publicaba sus trabajos, de un impecable estilo, bajo el seudónimo de "El licenciado Pero Pérez".

Y en un lugar muy visitado por nosotros, siempre limpia y cuidada, con flores eternamente renovadas, con mármoles fríos que acaricia el tacto, la sepultura de un hombre inolvidable, y en nuestros ojos una lágrima que pugna por salir a la par que una oración en nuestros labios.

LEYENDO A LOS DEMAS

MAC NAMARA O LA INJUSTICIA

Comentario de J. A. Cepeda, en "REGION"

"Pueblo" dice en un editorial: "La verdad es que 'Pueblo' no ha atacado al señor Espinosa, San Martín, sino que se ha limitado a expresar una mayor identidad con las tesis de Mac Namara." ¿Es que "Pueblo", periódico que viene sosteniendo ideas sociales realmente positivas en la mayoría de los casos, no es capaz de detectar lo que se encierra en las llamadas tesis de ese gran caradura que se apellida Mac Namara? Resulta evidente que predicar el control de la natalidad —a base de una distribución masiva de píldoras y no de una paternidad responsable— constituye el peor y más descarado de los egoísmos por parte de un imperalismo económico que comienza, en verdad, a ser insostenible. ¿Cómo "Pueblo" puede, por tanto, encontrarse más cerca de Mac Namara que del señor Espinosa San Martín? Inexplicable.

JUEGO COCINA 4 PIEZAS

DE ACERO INOXIDABLE 18/8 con soporte colgador



Ahora por 280 pts

¡ATENCIÓN!

No es el más barato, pero sí el más SÓLIDO. La calidad BPA se aprecia a simple vista. Compruébalo en los mejores establecimientos del ramo.

STOP-RADIO

en oferta especial para Mérida y Almedralejo, en todos los artículos de

ELECTRODOMESTICOS,

EL 30 POR 100 DE

DESCUENTO

En MERIDA: Teniente C. Yagüe, 18 (Almacén)

En ALMEDRALEJO: Los Mártires, número 13

Importante Empresa

de PASTELERIA INDUSTRIAL (con artículos cuya conservación se garantiza y envase automático) necesita para BADAJOZ y PROVINCIA persona solvente e introducida en cafeterías, colmados, autoservicios, etc., para la exclusiva distribución de sus productos — ESCRIBIR A PRODUCTOS CROPAN, S. A. Apartado 321 TARRASA (Barcelona)